

Derramen su sangre las sombras

por Luzmaría Jiménez Faro

Derramen su sangre las sombras es el título del primer libro que publiqué a Carmen. Recuerdo que me llamó por teléfono y con su forma peculiar de hablar mandando me dijo: ven a casa. Esa misma tarde me acerqué a la calle Ferraz y en su entrañable salita de estar (hoy trasladada, con su despacho, a la casa de Cultura de su ciudad natal, Cartagena, de lo que nos ocupamos sus tres apoderados y albaceas) me hizo entrega de este poemario de la siguiente forma: me tendió una cajita de cartón atada con un lazo rojo —que guardo con cariño— y juntas fuimos sacando y leyendo aquellos papeles amarillentos en los que Carmen había dejado plasmada su alegría más íntima y su gozo más profundo ante la certeza de su próxima maternidad. Los poemas habían sido escritos a modo de un diario y el primero de ellos estaba fechado el 11 de junio de 1933. Pero en aquella cajita también había encerrado todo el dolor y toda la amargura que la habitaron ante la pérdida de su primera y única hija. Tan profundamente íntimos eran aquellos poemas, que habían permanecido ocultos y en silencio más de cincuenta años.

El libro se editó en diciembre de 1983 y cuando puse el primer ejemplar en sus manos, Carmen lloró desconsoladamente.



Ya en él decía:

Porque, en realidad, aquella criatura que murió al nacer, que no fue mía más que cuando me habitaba, hizo que toda mi existencia se transformara radicalmente.

Es importante destacar este párrafo: *hizo que toda mi existencia se transformara radicalmente*, porque entendemos que el hecho de sentirse traicionada por el destino y por su propia naturaleza, hizo que se intensificaran sus aptitudes creadoras y buscara a través de la palabra poética no sólo la integración del sentimiento y de la idea, sino su propia libertad. *Madresola* ya no tendrá tiempo ni espacio para otra cosa que no sea su entrega literaria. No cabe duda de que este dolor no la abandonaría nunca y que ya estaría latente en toda su obra, especialmente en *Mujer sin edén* (1947). En esta “mujer sin edén” Carmen asume la voz de todas las mujeres acuñada por siglos en soledades, y se atreve a levantar su grito y su queja hasta el mismo Dios:

*Para verte a Ti mismo me has nacido.
Por no estar solo con tu omnipotencia.
Soy la nada, soy de tiempo, soy un
/sueño...*

*Agua que fluye, hierba ácida
que cortas sin amor...
Tú no me quieres.*

Con *Mujer sin edén* Carmen se adelanta a su tiempo, dignifica nuestra condición de mujeres y nos abre y señala un camino. Y cómo desde nuestro ángulo femenino se puede escribir la poesía con fuerza y con dignidad.

Volviendo a *Derramen su sangre las sombras*, Carmen, que se sentía profundamente mediterránea y que amaba al mar no sólo como un símbolo de algo eterno y vivo sino como parte integrante de su propio ser, no podía buscar otro nombre para aquella hija que habría de venir que el de María del Mar:

*¿Cómo se va a llamar la niña?. —Porque
/era,
acerté, una niña como yo esperaba.
/—La niña
se llamará María del Mar. ¿María del
/Mar?*

Si, del Mar.

¡María del Mar y de la muerte se llamó / la
niña! Porque nació sin vida, tanta co- / mo yo
creía haberle dado mía.
Como en una barca se fué a bordo de / su nombre
azul y anchísimo, más allá de mí.

Versos llenos de desolación, de dramatismo azul que nos internan en la presencia oscura de la muerte.

El libro se compone de tres partes: *La espera*, *El desencanto*, y *Mucho después*. La I y II son las más intensas, las de mayor emotividad. En *La espera* los poemas están concebidos desde la misma alegría, desde ese misterio purísimo que fragua la maternidad en la mujer. Desde la temura:

Toda blanda para tu cuerpo
será la yo que te contiene.
¡Fuera de mí, el ensueño de ti, hijo
cuántos silencios me puebla!
El único diálogo que yo quiero
es, solamente, el de tu esperanza.
Ven pronto, que nada si no es desearte
sé hacer desde que te espero.

20 agosto 1933

En *El desencanto* toda su anterior esperanza se transforma para que cada palabra, cada verso, respire su tragedia, porque Carmen ya aprende a morir un poco con una muerte tan inesperada y cruel:

Yo no te he conocido. Sé de ti como se sabe del amor en la infancia. Por ello pregunto a todos, creyéndote y dudándote, temerosa, porque llevo un beso que no te di y quiero dejarlo en la luz que sí te vio.

Dentro de mi vientre yo oía tu pequeña vida como oigo mi corazón; ahora que no estás, que fuiste desde mí a la tierra, nadie sabe del inmenso vacío, la desolación de mis venas.

¿Verdad que has padecido tú por no saberme?

¿Verdad que tu espíritu inestrenado vuela buscando otro vientre para recuperar el calor del mío?



Carmen Conde, embarazada, junto a Gabriela Mistral.

Dejo abiertos los brazos, alma mía tan mal cortada, por si llegares hasta ellos y pudiéramos besarnos.

25 octubre 1933

Después... entregada ya a su vida literaria y a una obra enorme que nos da la verdadera dimensión de su creatividad, escribiría muchos poemas llenos de ternura. Pero si queremos encontrar a la Carmen más cierta —siempre en una poesía cargada de hondura— hemos de buscarla en los versos donde su palabra desgarrar, grita, ahonda, hierde. versos que no encubren, no mienten, no halagan. Versos cimentados sobre una personalidad arrolladora. Porque la voz de Carmen es una voz clara y segura. Una voz que ya ha vencido a la muerte. Una voz que ya permanece eterna.